

¿Y QUIÉN DICES QUE SOY YO?

HISTORIAS DE INMIGRACIÓN

Santi Thió, sj. - M. Lluïsa Geronès
Associació Akan

INTRODUCCIÓN	3
EL HIJO MAYOR	5
MIENTRAS HAYA UNA COSA PARA ESTUDIAR HABRÁ VIDA	8
LA CONDENA DE UN “TE QUIERO”	11
UN CORAZÓN QUE HA SABIDO ARRAIGARSE	13
MUJER DE GUERRA	15
SOBREVIVIR EN TIEMPO DE HURACANES	17
BOCA DE FUEGO	19
VENDIDA CON CATORCE AÑOS	21
CAMINA POR LAS CALLES SIN SABER ADÓNDE VA	23
SU HERIDA DE NIÑO	25
ANEXO: CONSTRUIR JUNTOS	27
GUÍA DE REFLEXIÓN	32

Jesús preguntó a sus discípulos:
“Vosotros ¿quién decís que soy yo?... (Mt, 16,15).

Dijo Jesús: “Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber... Cuanto hicisteis a uno de mis hermanos más necesitados, me lo hicisteis a mí” (Mt. 25, 35-40)

INTERNET: www.fespinal.com • Dibujo de la portada: Roger Torres • Impreso en papel y cartulina ecológicos • Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • R. de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • tel: 93 317 23 38 • fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas, S.L. • ISSN: 0214-6509 • Depósito legal: B-7490-07 • ISBN: 84-9730-229-X • Depósito legal: B-43.993-09. Diciembre 2009.

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos proceden de nuestro archivo histórico perteneciente a nuestro fichero de nombre BDGACIJ inscrito con el código 2061280639. Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición pueden dirigirse a la calle Roger de Llúria, 13 de Barcelona.

INTRODUCCIÓN

En el año 2007, ahora hace precisamente un par de años, con motivo de los acontecimientos acaecidos en la parroquia de Entrevías de Madrid y de la notificación que el Vaticano envió al teólogo Jon Sobrino, se celebró en Cornellà (Baix Llobregat) un encuentro con el lema: Otra Iglesia es posible. En uno de los muchos talleres programados en el encuentro, el taller de inmigración, se pusieron de manifiesto los múltiples esfuerzos que personas y organizaciones de Iglesia llevan a cabo para atender a las personas inmigrantes. Esfuerzos que son vividos como una respuesta al mensaje interpelador de Jesús en medio del tiempo que nos ha tocado vivir: «El Espíritu del Señor está sobre mí, / porque me ha consagrado / para llevar la buena noticia a los pobres; / me ha enviado a anunciar libertad a los presos / y a dar vista a los ciegos; / a poner en libertad a los oprimidos; / a anunciar el año favorable del Señor» (Lucas 4,18-19).

Todos somos nuevos ciudadanos

En aquel taller otra de las constataciones que adquirió más fuerza fue la necesidad de considerar que actualmente todos somos nuevos ciudadanos. Tanto las personas inmigradas como las autóctonas, hemos entrado en una nueva ciudadanía universal que vive a caballo de diferentes territorios, entre diversas culturas y en contacto con religiones diferentes. Esta nueva realidad no es extraña al cristianismo, que ya en el siglo II se definía en estos términos:

Los cristianos no viven en ciudades exclusivamente suyas, ni hablan una lengua extraña. Viven en sus propias patrias como forasteros; participan en todo como ciudadanos y lo soportan todo como extranjeros; cualquier tierra extraña les es patria y toda patria les es tierra extraña. (Carta a Diogneto).

Cuando el 15% del mundo mantiene el 85% restante en la miseria, no tendría que extrañar que las víctimas de

una situación tan injusta busquen una salida para ellos mismos y para sus familias. Nuestras calles se han llenado de personas procedentes de muchos países y han cambiado en poco tiempo nuestra realidad social.

En este cuaderno, sin embargo, intentaremos ir más allá de datos económicos, o de análisis eruditos sobre cultura y religión. Intentaremos hablar de inmigración desde el corazón del inmigrante, desde su experiencia, buscando describir las vivencias interiores con las cuales quiere afrontar su vida.

Para ello se han escogido unos cuantos testimonios reales recogidos durante la tarea de acompañamiento personal que realiza la *Associació Àkan* de Girona. Estos testimonios son los verdaderos protagonistas de este cuaderno; conviene que los escuchemos.

A los testimonios se le ha añadido un breve anexo con una reflexión acerca de la tarea de voluntariado social. Una tarea que no pasa únicamente por el hecho de desempeñar un servicio.

La Associació Àkan

Somos una asociación que trabaja en Girona para acoger y dar apoyo a las personas inmigradas, en aspectos como la lengua, la formación, la vivienda, la regularización, el acompañamiento... y para sensibilizar a la sociedad respecto a los graves desequilibrios mundiales que existen en la base de los procesos migratorios. La casa de la asociación acoge a un grupo de personas inmigradas y autóctonas que vivimos juntas el proyecto de la cultura de la paz y la con-

vivencia entre culturas y religiones diferentes.

La inmigración que atiende *Àkan* es aquella que sufre unos impedimentos más graves en su proyecto migratorio. Así pues, se ha optado por acompañar la dureza más severa de la inmigración: ayudamos a personas que sufren situaciones extremas, que viven en la calle o en pisos atestados, a menudo difícilmente habitables. *Àkan* ha abierto múltiples caminos para intentar llevar vida a gente a quien era difícil sobrevivir... Se ha ido a buscar gente a la calle, a los lugares en los que dormían por la noche; se han compartido las marcas de la guerra y de la violencia en los supervivientes, la destrucción psicológica, también la física. Se han visto, en ocasiones desde la impotencia, los efectos de la droga en algunos, los ingresos en prisión de otros, la indefensión y los maltratos sufridos por algunas mujeres, la vulnerabilidad de los hijos, la injusticia de las interminables esperas de documentación... Horrores que pueden acabar por deshumanizar, pero que en el caso de la asociación nos han animado a no olvidar precisamente la condición humana de quienes sufren. Llevando esperanza y coraje, ansiosos de contribuir con el acompañamiento a hacer una humanidad más digna (Reino de Dios). Contentos por haber encontrado por los caminos de la vida tantos hermanos y hermanas. Somos conscientes de que, entre muchos, y desde todos los tiempos, vamos construyendo verdaderos momentos de amanecer. Por lo tanto, nos explicamos desde la fuerza y la confianza. (Puede obtener más información en www.akan.cat).

EL HIJO MAYOR

Albert es joven, africano, amante del deporte, lleno de esperanzas, vivo, dispuesto a abrir todos los caminos que sean necesarios para sacar a su familia de la miseria más absoluta. Uno más entre tantos que han atravesado el mar. Quiere a su país, en ocasiones lo sueña y piensa que vive en un paréntesis, y que algún día volverá. Pero también forma parte de una nueva generación que mezcla la añoranza con una mirada hecha de futuro. Ya no es lo que era cuando se fue, ha vivido, ha aprendido muchas cosas, y ve la vida de una manera muy diferente. Habla de África, pero va lleno de Europa; él, como tantos otros, es ya un puente entre culturas: nuevos individuos, nuevas personas, para un tiempo diferente.

Albert es joven, demasiado joven para asumir lo que le toca asumir. Pero es el hijo mayor ¡y el hijo mayor de una familia polígama! Desde pequeño sabe que esto quiere decir tenerse que ocupar de la madre y de los hermanos. En la escuela de fútbol en la que estaba interno recogía algún dinero para la familia, pero un día se dio cuenta de que por aquel camino no llegaría a ninguna parte, y se

fue. No dijo a la madre que pensaba tomar el camino del norte. La madre temía este camino, porque sabía que eran muchos (¡demasiados!) los que perdían la vida en el intento. Sin embargo, él estaba decidido: atravesó los países de rigor e intentó trabajar aquí y allá para poder ir acumulando un poco de dinero que le permitiera continuar avanzando. Llegar a Europa no es nada fácil.

Durante una época vive en un bosque cerca de Melilla. Es detenido y retornado a Argelia muchas veces, pero sabe que no le queda ninguna otra alternativa que volver al bosque. La familia, ahora lejos, espera. Espera que haya tenido suficiente fuerza para avanzar kilómetros, que haya tenido suficiente astucia para esquivar peligros, que haya aguantado la soledad, la falta de alimentos, el engaño, el miedo, el desierto, la policía...

Un día le llega el turno, se sube a una patera y alcanza las costas de Almería. Ha tenido suerte, ya que cada año son miles los que mueren en esta corta/larga travesía. Náufragos anónimos que reposan en el fondo del mar o bajo tierra en los cementerios a ambos lados del Estrecho. De hecho, él estuvo a punto de ser lanzado al agua en un momento en que se consideró necesario reducir el peso que soportaba la patera. El miedo y el trauma le corroen las entrañas, pero tiene que seguir: es el hijo mayor.

Nuevamente un golpe de fortuna le permite ser acogido en un programa gubernamental y llegar a Girona. Allá, y esto más que suerte es un pequeño milagro, se encuentra con un grupo de gente con la que puede reconstituir el sentimiento de pertenecer a una familia. No trabaja, pero no se desespera. Después de haber llegado hasta aquí hay que esperar, saber esperar: éste es el precio.

Desde África también esperan, pero se les agota la paciencia. ¿Cómo es que ha llegado a Europa y no envía dinero? ¿Se lo gasta? ¿Ha olvidado a los suyos? Incluso la madre se enfada con él, y no le quiere hablar. Un día, Albert, deses-

perado, le pide a alguien de la asociación donde vive que lo ayude y llame a la madre para explicarle qué pasa, cuál es la situación de alguien acabado de llegar a Europa y que no tiene papeles. Hablan. La madre se traga la decepción, lo entiende, ¡pero son tan pobres!

Transcurrido cierto tiempo encuentra un pequeño trabajo en el que se siente bien tratado y en el que es acogido de una manera casi familiar. Ahora ya puede enviar algún dinero. La familia reclama, el padre está enfermo, las hermanas tienen que ir a la escuela. La madre es una mujer fuerte, sabe de qué va la vida... Habla claro. Y él envía todo el dinero, excepto una pequeña parte que se reserva para el transporte, algo para comer, algo para vestirse, algo para salir una vez al mes... Es una cantidad tan pequeña que algunos meses desaparece totalmente, porque el padre está enfermo, porque tienen que pagar el hospital, las medicinas, la escuela, los viajes...

Mira a los otros que tienen la misma edad que él. Los mira cuando va por la calle, cuando juega a fútbol, y dice: ¿por qué yo tengo que vivir de una forma tan diferente a los demás? ¿Por qué tengo que llevar sobre mi espalda una carga tan grande? Los compañeros blancos ganan dinero, salen, se compran ropa. No tienen ni preocupaciones ni responsabilidades. Algunos de sus compañeros negros tampoco viven tan sujetos a la familia como él.

Es el mayor, ya lo sabe, pero también sabe que nunca podrá vivir totalmente su juventud, que su vida no se parecerá jamás a la de los demás... Ve que

los años se le escapan. Ve que un día se querrá casar, pero no sabe cómo lo podrá hacer con la madre y las hermanas a su cargo... No lo sabe. A veces, sobre todo algún fin de semana, dice que el mundo se le hunde y que sólo tiene ganas de sentarse delante del televisor y tragarse todos los partidos de fútbol del mundo, o de esconder la cabeza bajo la almohada y dormir, sólo dormir: es el hijo mayor, y siempre lo será. En el sueño se rebela contra el destino que le ha tocado vivir. Protesta. Envidia. Añora.

Abdelwad

Abdelwad ya es mayor, más de cincuenta años, y no le quedan muchas esperanzas. Había ocupado un cargo importante en Argelia, pero ahora lo ha perdido todo. Cuando la situación se puso mal hizo salir a su familia, pero, des-

pués, su propia supervivencia quedó gravemente amenazada. Un tiempo de prisión fue suficiente para hacerle decidir coger el camino del exilio. “Lo he perdido todo”, dice a menudo. “Tenía una familia, una casa, un proyecto de vida, un trabajo, ilusiones, y ahora no queda nada de todo ello”. Es solicitante de asilo político.

Un día vino llorando: su madre había muerto. Como refugiado político no podía regresar. ¡Y era el hijo mayor! Tenía la responsabilidad de enterrar a la madre. Y no podía regresar. Se debatió toda una noche, durante la cual nadie durmió. Se lo quería jugar todo. Para él lo más importante era cumplir su deber de hijo mayor. Al día siguiente apareció derrotado. No iría. Cogimos el dinero y lo enviamos para que la madre pudiera tener un entierro digno. Aún hoy le duele.

MIENTRAS HAYA UNA COSA PARA ESTUDIAR HABRÁ VIDA

lossouf también es africano. Muy joven, pero con una madurez que ha ganado tenazmente con el tiempo. Responsable, emprendedor, constante, reflexivo, organizado y con un elevado sentido de la disciplina, cualidades muy valiosas en una persona. solicitante de asilo. Trabaja en una empresa, se esfuerza por aprender, pide que se le expliquen cosas, está siempre en movimiento. Tiene miedo de que el tiempo se le escape de las manos. Avanza fuerte. Le gustaría reconstruir la casa familiar, ganar de nuevo el honor de la familia, es de los que quiere lograr un destino y un lugar en el mundo. Liderazgos diferentes para un tiempo diferente.

Parece que sólo haya existido para llegar hasta este momento. Quería estudiar. Sólo tenía catorce años cuando lo formuló al padre, pero ya veía muy claro que su sueño era formarse. Habían marchado del país porque el padre era de un partido opositor al gobierno y su vida corría grave peligro. Hacía años que la madre había muerto. Cruzaron la frontera una noche, él, la hermana pequeña y su padre. Llegaron al país vecino, pero tuvieron que marchar un poco más allá. La franja de Benín que toca

con Togo no es una franja segura para vivir ya que a menudo el ejército togolés penetra en Benín. Al llegar a la capital se separaron con la inquietud de quien sabe que los caminos, cuando se dividen, a veces no se vuelven a encontrar. No había ningún medio de subsistencia posible y por este motivo era necesario que alguien se pusiera a trabajar y consiguiera dinero para poder sobrevivir... Sin embargo, a él lo empuja el afán por el estudio. Deja el primer trabajo en un restaurante. A menudo, mien-

tras sirve, escucha a los hombres que hablan de un país, Argelia, donde la gente se gana la vida... No sabe con certeza dónde se encuentra —allá en el norte, —le explican—, pero él ya tiene suficiente: coge autobuses y anda cuando es necesario. Tiene la fuerza de los quince años y de un ideal muy claro. Transcurrido cierto tiempo, llega a Tamanrasset y una ONG le paga el viaje hasta Orán y después se traslada a Magnia. A pesar de las informaciones recibidas, descubre que en Argelia tampoco hay suficiente trabajo para quedarse. Pero no se desanima ni piensa en el regreso. Escucha a los compañeros subsaharianos que ahora hablan de Europa.

Como el que se deja llevar por una corriente imparable, se lanza hacia Europa. Malvive y pasa como puede la maldita frontera de Ouxda, para penetrar en Marruecos. Rabat. Sahara. Fuerteventura. Cáceres. Salt... una calle de Girona.

Vive en un centro asistencial y empieza a acudir a clases de catalán. Sorprende en las clases desde el primer momento. Tenía razón: quería estudiar. Para estudiar cruzó medio continente y llegó a otro. Lo que no sabía es que el estudio lo salvaría. Sobresale porque es obstinado, pero también porque se le ve precario, débil, en peligro. Al final acude a la casa de una asociación que lo acoge.

En la casa de acogida, después de meses de no parar, se ha concienciado por primera vez de que, en esencia, en la vida no le queda nada. Los compañeros luchan, sobreviven y tienen familias en origen a quienes cuidar. Todos se lamentan de no tener suficiente dinero pa-

ra enviar. Sufren por las enfermedades que no se pueden curar, por los hermanos que este año tampoco podrán acceder a las escuelas tan caras en África. Pero él no tiene a nadie. A nadie. El padre y la hermana: ¿adónde han ido a parar? Alguien dice que los han visto en Lagos (Nigeria). Se inicia una búsqueda, pero resulta infructuosa: el silencio más absoluto, como si la tierra se los hubiera tragado. Sólo ha quedado un abuelo, pero resulta imposible hablar con él, está enfermo, y no puede entablar una conversación telefónica. ¿Y los demás miembros de la familia? También ha intentado hablar con ellos, pero no quieren saber nada, se han burlado de las ideas políticas de su padre y de su destino.

Está solo. Se agarra con fuerza a los apuntes de las clases de catalán, con el diccionario en la mano, indaga la palabra más pequeña e insignificante. Para él las palabras, nunca son insignificantes: en cada una de ellas se rescata él mismo, es el precio de su supervivencia. El estudio de la lengua lo ha salvado del desvarío, de la nada, de la soledad. La lengua se le ha hecho amiga, compañera.

Quizás, de momento, no tiene a nadie por quien luchar que no sea él mismo, pero tiene una lengua por aprender y todo un recorrido por hacer. Acaricia las palabras, porque sabe que son su tabla de salvación, y a cada una proclama que todavía le quedan muchas más, y cuando lo quieres consolar y decirle que ya sabe mucho, él necesita creer que aún le faltan miles para ser aprendidas... Mientras haya palabras, habrá vida.

No hace mucho le hicieron unas pruebas de conocimiento, pero obtuvo una evaluación baja en materias de cálculo. Lo inscribieron en un curso de inserción social, en un barrio difícil. No entiende por qué los compañeros tienen tan poco interés en estudiar y en aprender, él que ha hecho miles de kilómetros para poderlo hacer... No lo entiende. Se distancia. Se preserva. Escucha. Sabe que avanzará, que aquello sólo es un puente que tiene que pasar, durará unos meses, pero lo pasará. Más allá no sabe qué le espera.

En la casa en la que vive hace lo de siempre: estudia de día, estudia de no-

che, hasta altas horas de la madrugada, mientras los demás se distraen, él a estudiar. Es serio, educado, silencioso... un poco melancólico. Mientras queden cosas por estudiar, sabe que a él, que lo ha perdido todo, aún le quedará vida. No hace mucho llegó la noticia: el padre había muerto, pero la hermana vivía en un pueblecito perdido de la frontera con Nigeria. Empieza un verdadero rescate. Y entonces, como siempre, una petición: que estudie, que se forme.

Ahora ya no está solo, pero las palabras fueron, durante mucho tiempo, prácticamente sus únicas compañeras.

LA CONDENA DE UN "TE QUIERO"

Lucy ya no es tan joven, los años pasan demasiado rápido. Latinoamericana, estudiosa, exigente, esforzada, reflexiva, buena persona, inteligente... las ha visto de todos los colores, pero una y otra vez consigue levantarse, y se levanta con una esperanza que hace que los ojos le brillen intensamente. Sueña con un futuro para su hijita, aún muy pequeña, y en ello ha puesto toda su fuerza. Y avanza, avanza, con una constancia ejemplar y una perseverancia inagotables. Algún día el futuro le dará lo que espera: una vida digna, un trabajo, y poder tirar adelante su vida, aunque, según algunos, ya sea demasiado tarde. El tiempo tiene velocidades muy diferentes para cada uno de nosotros.

A medio camino de la bondad y la inocencia, a medio camino de la estimación. Una historia dura de maltratos. Una carrera universitaria. Una difícil homologación de títulos en un país extranjero. Una organización benéfica localizada por internet.

El objetivo para ella era muy claro. Estando enferma y sin poder cobrar un sueldo suficiente para poderse medicar, no le queda otra solución que conseguir una homologación de títulos en el extranjero. Sólo así podrá volver al país de

origen, conseguir mejores trabajos y pagarse los medicamentos. Un sueño. Pero es voluntariosa, tiene mucha fuerza interior y un corazón muy grande. Quizá la mezcla de quechua y de aimara explica una forma de ser singular.

Los caminos nunca son rectos. La organización que la acoge en el país donde tramita la homologación es una organización religiosa que trabaja en la reinserción de drogodependientes. La someten al mismo régimen duro y estricto que los internos. Ella aguanta, en

medio del dolor y de alguna suspicacia, pero ha sido acogida, y el corazón no le permite ni dudar ni abandonar.

Dedica muchas horas a la organización, se puede decir que trabaja en ella. Por tanto, la homologación queda apartada. Por el camino, alguien, por primera vez en la vida, le dice que la quiere. Se casan y en muy poco tiempo tiene una hija. Entonces empieza el desvarío. Ve ante sí la droga y las enfermedades incurables. Ella hace y deshace los caminos. Ahora avanza con fuerza, ahora retrocede. Ahora se cuelga del abismo, ahora sale con fuerza del pozo enorme en el que él la ha arrojado. Ahora maldice, ahora bendice. Ahora olvida. Ahora recuerda. Ahora siente pena, piedad, culpabilidad. Consigue finalmente salir de la casa, pero ya no tiene nada. Sí, tiene una hija. Quiere trabajar. Se quiere ganar dignamente el pan pero no lo consigue, es como si el destino hubiese quedado cruzado.

Ahora va, ahora vuelve. Ahora dice que no lo puede dejar solo en el estado en el que se encuentra. Ahora dice que es terminal. Él la humilla y la veja. Ella se pierde. Jura no volver, pero... Ha quedado prisionera de sus valores morales. Ha quedado prisionera de un “te quiero” pronunciado en una tierra en la que jamás nadie había dejado ir una palabra de aprecio.

Laberintos. Auténticos laberintos del corazón, de la mente, de la afectividad. Pero también de la bondad, del miedo, de la amenaza, del menosprecio, de la vejación...

Se pierde. Y es magnífica. Se pierde y tiene unos valores difíciles de encontrar. Pero se pierde. Algún día encontrará la salida del túnel, tiene unas cualidades humanas que se lo permitirán. ¡Qué dura puede llegar a ser la vida! ¡Y todo para poder regresar al país de origen y pagar los medicamentos para una enfermedad que sufre desde pequeña!

UN CORAZÓN QUE HA SABIDO ARRAIGARSE

Elsa, latinoamericana. Adulta, con una madurez deliciosa, tierna, fuerte y una mirada aguda. La delicadeza y la voluntad impregnan su vida. Sabe querer y ser querida. Se está bien a su lado. Constructora de mundos habitables, en los cuales volver a encontrar sentido a la vida.

En Colombia su marido formaba parte del ejército. Ella se dedicaba a un negocio de ropa y de perfumes. Tenían dos hijas. Debido al cargo a él lo tenían que trasladar periódicamente. Ahora aquí, ahora allá. Cuarteles diferentes por todo el país. La lucha contra la droga estaba en su punto más álgido y también peligroso. Pasaban meses y meses sin verse. Ella se había acostumbrado a vivir de esta manera. Luchaba y confiaba: sabía que para él el trabajo y la familia eran los dos pilares funda-

mentales que daban sentido a su vida. Así eran felices.

Hasta que un día los jefes se pusieron de acuerdo en la oscuridad, y él no sabía nada. En una de las acciones del ejército cayeron personas importantes de la zona en donde vivían en aquel momento. Y empezó el infierno. Amenazado, se tuvo que retirar del ejército. La familia también fue amenazada. Un día colocaron una bomba a las niñas mientras iban a la escuela. Era sólo un aviso, pero la vida ya no era vida. Imposible

continuar. Imposible recomenzar. Todo el orden en el que habían vivido, todo el sentido, toda la armonía de aquello que habían querido se hundió sin posibilidad de reparación.

Un día llegan a España. El mismo día que saben que la hija mayor está embarazada. Ahora son una familia de refugiados políticos que lo ha tenido que dejar todo, que lo ha perdido todo. Llega con más de cuarenta años, la mirada hundida y los ojos cansados. La boca rígida y tensa. Llega enfadada con todo, con la vida, con el viejo país, con el nuevo país... No pasan muchos días cuando inicia una transformación insólita. Adquiere una fuerza insospechada. Los ojos le vuelven a brillar, los labios esbozan una sonrisa. Lucha con la lengua que tiene que aprender. Lucha con la vida. Tiene dos puntos de apoyo muy fuertes: una Iglesia Evangélica que los ha acogido y una asociación que les presta el apoyo humano necesario.

Teniendo estos dos bastiones, no piensa en nada más. Se arraiga. Centra en ellos el corazón. Mantiene, como siempre, la familia unida a su alrededor y toma la iniciativa: busca trabajo, se presta a trabajos que nunca habría imaginado tener que hacer, infunde esperanza, ilusión, crea todo un mundo habitable a su alrededor... Sabe que le vienen unos años muy duros, unos años en los que tendrá que trabajar como nunca habría podido imaginar, pero tiene la fuerza para hacerlo. En su interior, Dios ha adquirido una importancia que no había tenido jamás. No tiene miedo. Lucha, lucha y lucha. La familia no se tambalea en ningún momento. Todo el mundo ocupa su lugar, todo el mundo tiene un presente y lo quiere, y todo el mundo cree en un futuro. Es la obra bendecida de sus manos. Y, por fortuna, el futuro, poco a poco, se les va allanando en una tierra en la que nunca habrían pensado vivir.

Zaira es chechena. Lleva una dura experiencia sobre las espaldas. Personalidad fuerte, llega a las personas, sabe estar en los lugares, las ama y extrae amor de ellas. Hay personas que son universales. El horror no la ha hecho renunciar a lo mejor de la persona: la acogida, el reconocimiento del otro, la paz entre los pueblos. La ves a ella, y ves a todas las mujeres que han hecho avanzar el mundo, en medio de tanto sufrimiento que los humanos hemos sido capaces de generar en la Tierra. Es la verdadera resistencia.

Los recuerdos de la guerra han colonizado prácticamente todo el pasado. Sólo unos pocos recuerdos de antes, cuando eran felices, han sobrevivido. Tiempos muy diferentes y lejanos, pero felices. Eran una familia estable, grande, acomodada, nacionalista... Cuando estalló la guerra, él se marchó, pero toda la familia quedó involucrada: hermanos, hermanas, mujeres, hijos, abuelos... Ella lo vivió todo, con resignación, como si alguien hubiese escrito en el libro

de su vida aquellas páginas desde hacía mucho tiempo. Conoció el frío gélido, la nieve, la falta de comida, los campamentos, los escondites, la vida en un vagón de tren con otras mujeres e hijos, el miedo al ejército ruso. El miedo a que se llevaran a sus hijos. La muerte. Chechenia. Chechenia. Chechenia.

Una mafia, que vive y trafica con el dolor y las esperanzas de la gente, condujo a los cinco a España en un barco. El viaje, en las bodegas, fue horroroso.

Los demás hermanos también consiguieron salir y se instalaron en Francia. En la pequeña ciudad en la que vivían ahora creía volverse loca. Llamaba a la madre y le decía que en la calle no había disparos, pero la madre vivía aún la destrucción de la guerra. Su marido no se adaptaba. Había dejado las armas, pero nada más. Aún lo llevaba todo grabado en el corazón y en la mente. Las escenas de guerra, los pueblos destrozados, los muertos... No podía olvidar nada. Se sublevaba contra todo e intentaba sobrevivir del mismo modo que si estuviese en Chechenia. Nada funcionaba. Nada. Ella decidió tomar con fuerza las riendas de todo. Aprendió la lengua, empezó a trabajar a pesar de una dura enfermedad, se abrió a nuevas relaciones, habló con todo el mundo y sacó de su interior una fuerza ancestral y desconocida. Una fuerza que la proyectaba en dos direcciones, en una, la salvación de la familia, y en la otra, una bondad especial que la hacía ir hacia el otro de un modo que cautivaba. Alta, gruesa, facciones expresivas. Maravillosa. Junto a

ella todo adquiriría sentido. La guerra no la había destruido. Se mantenía con todas sus facultades, con todas sus cualidades, más aún, tenía un poso en su interior que la impulsaba a creer en la condición humana. Mucho. Enormemente. Era musulmana, pero no hablaba nunca de religión. Hablaba a los hombres y a las mujeres. Sin descanso. Al corazón. Y convencia.

Él se vio arrastrado por esta fuerza y tuvo que admitir el pozo en el que se había hundido. Tuvo que pagar un peaje si quería nacer de nuevo. Comenzó a trabajar. Se serenó. Ya no era un guerrillero. Era brusco, duro, pero muy agradable. Hoy la familia vive una época de estabilidad y de paz. En Chechenia, sin embargo, aún no tienen estabilidad ni paz. Por ello viven con el corazón partido entre aquí y allá. No sé si ella sueña con volver. Hay mujeres que, a pesar de su carga identitaria tan fuerte, saben vivir en cualquier lugar como si fuese su casa. Y en cualquier lugar construyen familia y reúnen a los suyos. Vayan donde vayan, saben crear vida e impregnar al mundo de su corazón.

SOBREVIVIR EN TIEMPO DE HURACANES

Irma es latinoamericana. Una personalidad fuertemente religiosa, empresaria y emprendedora. Pequeña, viva, con una mirada inquieta, entre temerosa y obstinada. Algo introvertida. Madre. Incansable. Vive esencialmente con Jesús. Abre la Biblia y busca consuelo en él, apunta frases, las lleva en el bolso hacia el trabajo, las piensa, las hace vida. Un punto de soledad acompañada. Un punto de tristeza. La vida no la ha tratado nada bien y se merece un futuro mejor.

En Honduras tenía un taller de costura y una tienda. Él era relojero. Ambos trabajaban mucho, pero eran felices. Tenían tres hijos. Nada parecía nublar su existencia. Así se definen, aún hoy con una chispa de pesar por todo aquello que han perdido. Y vino el huracán, el maldito Mitch. No quedó nada, ni de la tienda, ni del taller, ni de las posibilidades de rehacer la clientela... En unas pocas horas cayeron en la miseria. Con

la casa destrozada se refugiaron en casa de una cuñada. Vencidos.

¿Saldría el sol por algún horizonte? Ella sola, valiente, tomó la decisión: emigraría a España. Cuando llegó se dedicó a lo que sabía hacer: coser. Y cosió y cosió en casas de novias caras... Se mató haciendo horas extras... Entre ceja y ceja sólo un pensamiento: salvar a la familia. Nada más. Aguantó soledades. Aguantó tardes, aguantó noches,

aguantó fines de semana... Lo aguantó todo. Pero tener a los hijos tan lejos la hizo morir de añoranza. Cuando el trabajo fue un poco más estable vino el marido. Pero ella tuvo que regresar al país de origen para regularizarse. El marido quedó entonces solo, sin apenas trabajo, y sin saber qué hacer en aquel país desconocido... Menos paciente, no aguantó la espera y decidió regresar. Le faltaba ella, su fuerza, su vida. Y le faltaban los hijos, toda la razón de ser.

Cuando ella regresa con papeles sabe que ya no pueden estar más los unos sin los otros. Confía en poderlos mantener a todos y decide que estarán juntos. Todos, más uno que tiene que llegar a la vida: está embarazada del cuarto hijo. En la ciudad en la que vive las cosas cambian. Con la regularización pierde buena parte del sueldo y, por lo tanto, no puede mantener ni el piso ni la familia. Además, está bastante endeudada por los billetes del viaje.

Ha pasado otro Mitch. Él queda hundido. Ella lucha, busca, habla... Están prácticamente de nuevo en la calle, pero ahora en otra ciudad más grande. Viven todos en una habitación de un piso compartido con otras familias. Es el caos, pero no hay ninguna otra solución... Ella abre la Biblia, una vez y otra, al azar, y busca en ella consuelo. Y

el azar llega, son ayudados por una asociación que les permite tener un piso, les suministra comida y sostén económico. Ahora ya son seis en la familia.

Después, todo el peso que ha ido soportando desde el primer Mitch le pasa factura y se hunde. Empiezan a aparecer las enfermedades, las depresiones, el abandono del trabajo, los miedos... Ahora, justo en el momento en que salían del pozo inmenso en el que habían vuelto a caer. Con un propósito firme y débil a la vez, callado, diario..., ella vuelve a salir. Es admirable, el alma humana. Reúne bien la familia, encuentra un trabajo, trabaja más horas, se preocupa vivamente por las hijas, va a la iglesia y reza, y reza... Todo respira de nuevo. El tercer Mitch ha pasado. Tenazmente aún aguanta, ahora ya con alegría y esperanza en la mirada. Una mirada viva, inquieta, incisiva, algo perdida a veces. Sueña con tener de nuevo el propio taller. Sueña y llega a tenerlo.

Entonces llega la crisis y arrasa sus sueños, su fortaleza y un día deciden emprender el camino de retorno. Ella afirma que no se lleva ni un euro, pero que se lleva otro concepto de la vida y de las personas. “¡Aquí vine para descubrir el sentido de la verdadera vida, y esto es lo más grande que me podía pasar!”.

Hassan, africano. Joven con grandes dotes de liderazgo y un gran deseo y capacidad de aprender. Tiene unas ganas enormes de comunicar la experiencia de la guerra para que la gente comprenda la absurdidad de ciertos caminos. Nota un amor inmenso por África: la piensa, la siente, la conoce, la imagina y la proyecta. Lo mueve un vivo anhelo de mejora de la humanidad.

Explica que su padre, a quien mataron durante la guerra, le decía que tenía boca de fuego. Cuando era niño ya gritaba, no sabía ni leer ni escribir, pero toda la fuerza que tenía en el corazón le salía por la boca. Incluso él mismo se sorprendía, ya que a menudo decía cosas que ni sabía de dónde le salían. Pero se sentía fuerte, muy fuerte.

Entonces vino la guerra. Y vino la destrucción: vio matar, quemar, asfixiar, degollar, violar, arrasar, destrozar...

Huyó, separándose de la madre y de los hermanos, que también huían. Explica que mientras corrían vio escenas horribles de niños que caían y eran asesinados, de abuelos que no podían correr más y se hacían abandonar por los más jóvenes. Y sufrió hambre, y la necesidad le hizo vencer la repugnancia, y comió de todo, de todo.

Atravesó el país de cabo a cabo. Y después otro país y otro en una especie de huida sin saber hacia dónde. Ahora

ya no era boca de fuego, ni era fuerte... sino un ser débil, desvalido, desorientado. Ya no le quedaba nada donde sostener aquella fortaleza y seguridad. Ahora todo se había transformado en una honrada piedad por todo y por todos.

En una isla atlántica pudo sobrevivir gracias a la comida que cada día una mujer le dejaba en la puerta de su casa. Él vivía entonces en una cueva junto al mar. En la patera quedó medio muerto de agotamiento, de mareo y de hambre, pero le salvó la compasión que despertó en los demás su fragilidad y su corta edad. Ahora sabía que los débiles sobreviven también y que los fuertes no son exactamente lo que él imaginaba de pequeño.

En una ciudad muy lejos de su país alguien lo ayudó a encontrar a su familia y lo consiguieron. La madre estaba viva y los hermanos también, vivían en la más completa miseria. Por teléfono la madre no se cansaba de decir: “¿Cómo sé que tú eres él, si yo pensaba que había muerto?”

A veces, su cara, sus ojos perdidos, la frente fruncida inspiran una profunda lástima. Pero es un líder, le sale por las

venas, por las palabras, por el corazón, por todo... Ama África, ama a los pobres, ama a quienes sufren. Tiene otra concepción del mundo: cree en una identidad universal basada en valores de humanidad y de justicia.

Era analfabeto porque tenía que ayudar a su padre en la plantación de café, pero la sabiduría le venía de haber escuchado mucho a los viejos del pueblo marfileño en el que vivía, y en el que aprendió todo lo necesario para vivir. En Europa no bastaba con esto y él lo sabía perfectamente, por lo que se lanzó a estudiar y estudiar sin parar. Sabe que sin formación aquí no hay futuro.

La fuerza que lleva en su interior es inmensa. ¿Se perderá? Convertido en fuerza de trabajo el mundo no aprovechará la debilidad fuerte de aquella boca de fuego. Qué pérdida para el mundo y para él. ¡Qué pérdida! A sus veintidós años, tan joven y tan viejo, dice que lo ha visto todo y que lo ha perdido todo. Lo que aún no sabe es que ha ganado un interior de ámbar, bellísimo... ¡que quizás el mundo no llegará a poder ver jamás!

VENDIDA CON CATORCE AÑOS

Mariam, del Magreb. Muy joven, pero ya muy trabajada por la vida. Experimenta una gran dificultad para encontrar salidas y sus horizontes están siempre nublados. A veces tiene en la mirada un punto de niñez y de juventud no vivida. Se siente entre dos culturas, pero no tiene suficiente fuerza para hacer de puente, ni tiene la fuerza para escoger entre una u otra. El suyo es un futuro lleno de incertidumbre.

Ella aún no lo sabe, pero ha sido vendida a cambio de dinero. La engañan prometiéndole una falsa felicidad, que ella se cree. ¡Sólo tiene catorce años! Accede aturdida y sin saber muy bien a qué ha dicho que sí. Después llega toda la preparación, los vestidos, la henna, los cabellos, las joyas y la fiesta. Los padres son buenos. Quieren para ti siempre lo mejor y por ello escogen tu camino.

Estando en la ciudad fronteriza, en medio de la larga espera, es como si se despertase y llama a una amiga. Algo extraño, dudoso, se ha instalado en su interior. Aún no sabe qué es. Llama y le sale sin haberlo pensado: “Me han casado. Necesito verte”.

Ya no tiene catorce años, va vestida de negro y algo se ha ensanchado en su cuerpo. Ha cambiado mucho: antes llevaba trenzas y ahora un velo le tapa to-

dos los cabellos. No le dejan tener ningún contacto a solas con la amiga a quien ha pedido ayuda. Su marido tiene treinta y cinco años y se dirigen hacia un país del norte de Europa.

Se instala en el piso minúsculo en el que él vive. Su equipaje es ligero: sin idioma, sin años, sin nada... Ya desde el primer momento le invade el miedo. Teme al hombre con el que comparte techo. Y empieza la locura. Él no trabaja y por ello está en casa muchas horas. Ella tiene miedo. Por fortuna puede ir a clases del idioma del país. Alarga el trayecto hacia las clases tanto como puede, ya que es el único momento de estar sola: un gramo de libertad. Habla con alguna vecina, de la misma cultura que ella, contempla el nuevo y extraño paisaje de la ciudad que la acoge.

Vive entre abismos que la abisman totalmente: la fidelidad a los padres, la fidelidad a la cultura, el miedo horroroso al hombre con el que la han casado y el miedo a aquello que el hombre le pide. Un día decide volver a llamar a la amiga. Ya no puede más... Aprovecha un momento que él sale del apartamento para marcar su número de teléfono. Habla y habla, se desahoga y exprime todas las gotas que el miedo le produce.

Dado que no da al hombre lo que quiere, los enfrentamientos llegan, y con ellos los gritos, las amenazas, los golpes... Ella no sabe ni dónde vive. En su interior, su cultura se queja, pero también en su interior se da cuenta de que ya ha aprendido otros caminos.

Cruce extraño donde sobrevive como puede. Un día sale, no sabe adónde va, pero no quiere regresar a casa. Cruza las calles de la bella ciudad, no ve nada..., ni a nadie. No quiere volver. Quiere morir. Desea desaparecer para siempre. Después, no sabe cómo, las viejas voces hablan en su interior y regresa a casa.

Ahora la amiga ya ha hablado algunas veces con él, quiere hacerle ver que está en el caso de que él no puede hacerle según qué cosas. Él ve esta presencia como un obstáculo. Cuando la familia llama, ella calla y miente: dice que todo va bien. Más adelante ya no miente tanto y se atreve a confesar aquello que se le hace difícil de dar. La madre le explica con firmeza cuál es el papel de la mujer en un matrimonio. Pero ella no puede. Sencillamente no puede y se hunde aún más.

Un día la amiga cree que ya todo es insostenible y le exige que la devuelva, si no, ella misma irá a buscarla. Vuelven. Él enfurecido, ella derrotada. La deja en casa de los padres. Cuando va la amiga a visitarla, el padre se le encara y por todo saludo le pregunta: “¿Y así ustedes creen que María tuvo un hijo de Dios?”. Y se pone a reír con toda la ironía del mundo... Es una manera de reprocharle su intervención ante la hija. El hermano hace callar al padre. El divorcio llegó al cabo de unos meses. Pero en el alma, durante muchos años Mariam llevará grabadas todas las marcas.

CAMINA POR LAS CALLES SIN SABER ADÓNDE VA

Abdourahman, norteafricano, ya mayor. Solícito, responsable, reflexivo hasta la obsesión. Está lleno de estimación por los hijos y lleva, como muchos de los inmigrantes, un punto triste y de melancolía en los ojos. Un verdadero hermano. Muy próximo, como alguien al que siempre has conocido, como alguien a quien has tenido al lado toda la vida. Y ello a pesar de que viene de lejos, viene por amor, y emprende el camino de la huida por amor. Por amor se cruzan mares, nos abrimos a nuevos mundos, cambiamos. Pero la pobreza, ¡qué muro tan grande por derribar!

Inmigró porque quería un futuro diferente para sus hijos. Estaba harto de la pobreza, de la acumulación en una sola habitación, de la miseria del barrio y de la falta de dinero para las necesidades más cotidianas. Siguió el impulso interior del amor: los amaba, y no quería que pasaran por lo que él había pasado.

No le fue fácil cruzar el Estrecho, seguir hacia el norte y llegar a Cataluña. Una vez aquí, el tiempo casi obligado de calle, la imposibilidad de encontrar tra-

bajo, de conseguir papeles... De repente, el impulso se apaga y aparece la sombra de la duda: ¿y si todo fuese en vano? Los hijos y la mujer se sienten aún más desvalidos, y él siente en el corazón su ausencia. Además siguen viviendo en la misma miseria que antes... La duda es una carcoma que todo lo corroe. Se pregunta qué ha hecho mal y si alguna vez podrá llegar a reunirlos en la tierra nueva que ha elegido. La nostalgia y el miedo le dominan fácilmente.

Camina por las calles sin saber adónde va, se pierde... Lloro. Cuando habla con ellos por teléfono les dice que los echa en falta y sus voces lo transportan a su presencia. Al colgar el teléfono, la soledad aún se hace más insoportable. Un día pierde el horizonte y el sentido de todo. Es la temida depresión que se aproxima al desvarío. Una lucecita no se acaba de apagar: los ama, es lo único que nota en su interior, lo único que sus ojos ven cuando va por la calle, lo único que sus oídos quieren oír.

La familia está cada vez más preocupada y envían a un hermano que vive en Francia para que lo convenza de regresar. Las horas pasadas con el hermano y las largas conversaciones le devuelven la paz. Hablan un poco de todo. Del pasado, no demasiado. Muchas consideraciones sobre la situación que sufre. Muchas valoraciones sobre el futuro. El hermano se va, él cree sentirse con suficiente fuerza para continuar.

Presenta una petición de regularización, pero en la tramitación surgen problemas y todo va con una lentitud desesperante. Cae en un pozo aún más hondo. Pasea por los parques, y ya no quiere ver a nadie ni quiere oír a nadie. Incluso se olvida de recoger el dinero de la ayuda. Nada. Como si todo hubiese

llegado a su fin. Sólo ve ante sí cómo se aleja la posibilidad de verlos, de hablar con ellos, de poder vivir con ellos de nuevo.

Es éste el único sueño que lo mantiene vivo: volver y estar con los hijos para siempre, en la miseria, en la pobreza, da lo mismo, estar con ellos. Tiene que reconocerlo: no ha aguantado la separación y la añoranza lo devora. No ha sido el primero ni tampoco será el último.

Unas voces le piden que no lo tire todo por la borda, que aguante aún un poco más. Sin embargo, se concede un plazo: dos meses. Y coge el calendario. Empieza la cuenta atrás. Si no progresa en estos dos meses, se montará en un autobús un día cualquiera, cruzará España, subirá a un barco y se hundirá para siempre más en los orígenes de los cuales salió lleno de esperanza. Por amor marchó, por amor quiere regresar. Y si alguna vez alguien le pregunta por qué se fue, por qué ha decidido regresar, él sencillamente contestará: los quería. Qué dolor tan fuerte, tan agudo, tan anulador... Una mañana de otoño, sin decir nada, se fue. Al cabo de unos meses llamó de nuevo: "Ayúdame a volver, esto es el infierno, quiero hacer de nuevo el camino de los ilegales".

SU HERIDA DE NIÑO

Henry, africano, ya mayor. Muy religioso. Hombre pragmático, muy responsable y con una gran capacidad de sacrificio. Sincero. Una experiencia vital llena de momentos de tristeza y de desengaños. Decidió emigrar a Europa para salvar a la familia. Una Europa extraña, por la que está dispuesto a abrirse camino para que otros puedan vivir como él no ha podido vivir. Es una persona de una gran generosidad.

Era pequeño, iba a catequesis en su ciudad camerunesa, pero no pasó el examen y se quedó sin poder recibir la primera comunión. La herida le ha quedado dentro, muy adentro. Pasaron muchos años, y la vida continuó... Cuando ya era mayor y se encontraba en tierra extranjera, en la casa en la que había sido acogido por encontrarse en extrema pobreza, lo invitaron a la eucaristía. A la hora de comulgar, tímidamente dijo: "¿Puedo? ¿Lo puedo hacer yo?". Se lo miraron con sorpresa y él explicó con voz nerviosa su herida de niño.

Camina silencioso hacia el trabajo. De vez en cuando telefona a Camerún e intenta aconsejar y poner orden en una familia extensa. Pero es difícil hacerlo desde Europa, sin ver las caras y con la limitación de tiempo que impone el teléfono. Casi no tiene nada: tan sólo un trabajo duro, demasiado duro, que le permite ganar un poco de dinero. Pero no se queja; el esclavo moderno, como el antiguo, no puede establecer ninguna condición. Dice que se siente un poco como el José bíblico: ofrecido a los mercaderes extranjeros para que sus herma-

nos y su familia puedan tirar adelante. Pero el precio de este José y de muchos otros José actuales es muy alto: el propio cuerpo, la propia vida... Se marchó ya mayor, viendo que para las hermanas y los hijos no había más posibilidad que su inmigración. Cruzar países, como todos, cruzar fronteras, vallas, como todos... Y llegó a Europa para ayudar a vivir a unas familias que no tenían nada.

En los primeros tiempos, cuando la fuerza y la motivación son altas, todo se soporta. Pero, después, la persona a veces cae, como un muro que se deshace y se hunde erosionado por tantas acometidas, y aparecen entonces los problemas de salud, la depresión, el in-

somnio... Cuerpos deshechos, mentes que ya no se pertenecen, emociones desatadas o apatías de muerte. El miedo, la soledad, la debacle física y psíquica, éste es el precio que ha tenido que pagar para ayudar a los suyos. A la hora de cenar, fiel y serio, toma sus pastillas. El dolor es fuerte, pero no se puede permitir el lujo de no trabajar: los antiinflamatorios son entonces sus muletas, pero ¿hasta cuándo? Duele a los ojos y al corazón verlo así, él que se merecería un cielo o un pedazo de paraíso.

Cada domingo, sin embargo, apaga su sed de vivir en la Eucaristía, donde sana su pequeña herida de niño. A veces, misteriosamente y de repente, se siente feliz.

ANEXO: CONSTRUIR JUNTOS

Quizás una mañana llegará a nuestra vida, quizás llegará una mañana. Se presenta ante nosotros, en un momento que será clave para nuestra existencia. Viene con sus miedos, con sus heridas, también puede que tenga rastros de ira en el hablar o en el hacer: no es fácil ser una víctima. También lleva, sin embargo, bellos deseos, busca, sueña... Todos hemos vivido momentos como éstos. Pasan por la vida y después reconocemos en ellos el sentido. Todos tenemos que comparecer ante el tribunal de Dios (Rm 14,10). Aquel hombre, aquella mujer, las víctimas... todos forman parte del tribunal de Dios.

La fuente de la esperanza

Por nuestro lado, quizás estemos bien protegidos, controlados, quizás aún presumamos de un punto de escepticismo, quizás también tengamos miedos, heridas y algo de ira en la mirada ante la inaceptada diferencia del otro... En el fondo notamos, sin embargo, un rumor vago, algo que intuye el camino, que llevamos dentro, muy adentro, y que algún día, sin ni saber cómo, empieza a crecer: ¿A qué se parece el Reino de Dios?

¿A qué lo compararé? Es como un grano de mostaza que un hombre sembró en su huerto. Creció y se hizo un árbol, y los pájaros del cielo hicieron un nido en sus ramas (Lc 13,18-19).

Ignacio Ellacuría hablaba de la “civilización de la pobreza” en contraposición a la “civilización de la riqueza”. Afirmaba que la civilización de la riqueza busca el desarrollo y la felicidad a través de la acumulación de unos bienes que acaban resultando indispen-

sables para una persona, un grupo o un Estado. Toda la felicidad se concentra en la seguridad: seguridad para vivir, seguridad para consumir. Como recuerda Jon Sobrino en su libro *Fuera de los pobres no hay salvación*, no todo el mundo puede acceder a esta civilización. Hay zonas de la tierra en las que la supervivencia no está garantizada. El hambre y la falta de unos ingresos mínimos hacen que la vida sea una realidad más que frágil. Son muchos los que mueren por falta de aquello más mínimo y esencial. El año 2003, en Bangla Desh, después de un duro verano de monzones, pudimos ver cómo miles y miles de personas tenían que vivir en la calle. Ante nuestros ojos eran miles los que estaban tumbados hambrientos, enfermos, moribundos... Resulta difícil de olvidar. La vida y la muerte juntas, rozándose, ocupando grandes espacios públicos, pero invisibles para una buena parte de nuestro mundo.

Dios escucha el clamor de los pobres, los ama y suscita en el corazón de muchos la llamada a hacer camino con ellos. Jesús explicaba cómo era el Reino de Dios, pero iba más allá y pedía seguidores para ir a encontrar a Dios donde estaba: en la fraternidad, en la bondad, en la justicia. Nuestro Abbá (Padre) luminoso se convierte en la esperanza de los pobres. Desde estamentos eclesiales se nos habla de una civilización del amor. Como dice Casaldàliga: se tendría que añadir a esta civilización la civilización de la pobreza de Ellacuría. Abba luminoso que, si somos capaces de mantener la fidelidad en el camino que Dios abre en nuestro interior, nos conduce a la denuncia profética y al en-

frentamiento, si hace falta, con los opresores. Y es que el mal es una atmósfera, pero tiene también caras y nombres, y a veces hay que desenmascararlos para que sean reconocidos.

Entrega a los demás y compromiso con la realidad para transformarla. Una entrega que quizás llegará hasta una muerte que nos acercará a la de Jesús. Sólo entonces también nosotros recibiremos totalmente la esperanza de la resurrección. Olvidarnos para librarnos a una realidad más alta, el lugar en el que Dios se encuentra y se manifiesta, y quiere ser encontrado por nosotros: el corazón de los pobres.

Acercarse a los límites de la existencia humana

A pesar de que cada voluntario se acerca a la persona inmigrada desde su propia historia, con la característica especial de cada opción y llamada, hay una constante que está presente en todos los voluntarios de *Ákan*: la voluntad de acercarse a los límites de la existencia humana.

Si nos detenemos a analizar este acercamiento hay una serie de rasgos que se van repitiendo en nuestra opción y, con toda seguridad también, en otras opciones de voluntariado. Poco a poco las iremos desgranando por si pueden servir de reflexión y de orientación. Partiremos del atrevimiento y de la comunión.

a) En la base de una opción pueden haber muchas causas, circunstancias de la vida, empatías, inquietudes, aspiraciones, una actitud muy reflexionada, incluso carencias, pero el voluntario es

un osado que se atreve a acercarse a los límites. El camino comporta un peaje, el voluntario dejará mucho de él mismo en este acercamiento, pero sabe que para ayudar al otro, a menudo, hay que buscarlo allá donde se encuentra: en los límites o en los márgenes de nuestra centrada realidad. En esta entrega se irá puliendo, puliendo, como un diamante bruto en el que emerge la verdadera vida. Experiencia profunda y fértil del voluntariado que le dará la oportunidad de nacer de nuevo.

b) No se llega de cualquier modo a los límites de la condición humana sino por un intenso proceso de comunión que le es previo. Nos sentimos en comunión con los hombres y mujeres que sufren, queremos compartir su dolor para que puedan salir y avanzar. Estamos decididos a unirnos a ellos para poder dejar atrás juntos el pozo en el que han caído. De esta unión emana una fuerza misteriosa que nos ilumina, nos asiste en nuestra acción y la hace fiable y consistente. Cuando la persona percibe que otro se pone a su lado, haciendo suya la cruz por la que está pasando, se fía, pone confianza, se siente también querido en su trayectoria personal y de esta manera inicia la recuperación hacia una autonomía creciente. Es la sorpresa de ver que interesas a alguien, y este ser objeto de atención, ya no digamos de estimación, puede ser el primer paso para reconducir la vida.

Así pues, el voluntario es un osado y un ser de comunión, se siente unido a la comunidad humana y, especialmente, a quienes más sufren, y lucha para que ellos mismos puedan ser autores de sus

cambios. Acompaña, hace compañía y promueve a la persona.

Sensibles a las heridas del mundo

En el proceso anterior a la opción de comprometerse, el futuro voluntario tiene que haber experimentado una sensibilidad especial y un nivel de concienciación muy alto. La sensibilidad por las heridas del mundo nace en el corazón de la persona como una queja, un “no puede ser” que, si se une a un profundo conocimiento de la realidad, acaba originando, como afirmaba Levinas, la responsabilidad hacia el otro. Nos sentimos responsables ante el mal del otro y nos decidimos a actuar. Así surge entre los creyentes el trabajo por el Reino de Dios y entre los no creyentes la construcción de una nueva humanidad. Punto fuerte de unión de esfuerzos, de voluntades y de corazones.

Sin embargo, no es fácil implicarse en el mal del mundo, hará falta mucho discernimiento. Hará falta mucha capacidad de separar, valorar, contrastar, y no una vez, sino muchas más, para contribuir así a edificar este Reino. El discernimiento debe ser comunitario. La compasión que ha nacido en nuestro corazón necesita del discernimiento en grupo: contrastar con otros la propia opción. Aquella frase del Abbé Pierre, “Si tú sufres, yo lo paso fatal”, necesita, asomados como estamos a la acción, un tiempo de discernimiento de acercarse a la realidad para poderla leer bien y para poner en marcha aquello que creemos que hará avanzar a la persona que acompañamos.

El voluntario tiene que sentir en el fondo que no lo hace todo, sino que de hecho todo le ha sido dado. Es una posición humilde, basada en el agradecimiento por los dones recibidos, que tiene que saber ponerse al servicio del otro. Somos un hilo por el que pasa una corriente que viene de más allá de nosotros y va más allá de nosotros mismos. Es bueno que el voluntario se conozca y sepa qué es lo que puede poner a disposición del otro: reconocer los dones recibidos para librarlos al servicio del prójimo. Gratuitamente lo hemos recibido, puesto que gratuitamente lo damos. El nuestro es un papel de mediadores, pero para ser mediador se requiere un buen autoconocimiento. En este sentido, y desde nuestra experiencia, creemos que es de una gran ayuda el método de los ejercicios ignacianos.

Los frutos de la oración y la contemplación

La gratuidad de la cual hemos hablado va acompañada de la contemplación y de la oración. De hecho, creemos que el voluntariado encuentra un soporte adecuado en estos dos pilares. La actitud contemplativa es una forma de estar en el mundo y en la vida que nos permite reconocer, a la vez, la presencia y la ausencia de Dios. Sin contemplación serena y pausada, la acción puede resultar fácilmente errónea y autocentrada. Y, por consiguiente, con la plegaria explícita, en intimidad, transparencia y apertura con el Dios solidario, el contacto con los límites de la situación humana puede resultar más resistente y más lúcido. Hay que aprender a contemplar la

realidad para que esta contemplación acabe inspirando la acción.

En el proceso de acompañamiento se aprecia a menudo cómo la persona sufriente puede llegar a tomar otros caminos que no habíamos ni imaginado. A veces tienen un papel esencial los límites de la comunicación. No todos damos el mismo sentido a las palabras y a los hechos, ya que nuestras experiencias de referencia, y más en el caso de la inmigración, son muy diferentes.


En otras ocasiones la dificultad radica en la tarea misma del acompañamiento. Hay que precisar que en el mundo del sufrimiento se acompaña la vida misma en toda su complejidad y, por lo tanto, no hay soluciones fáciles. Los frutos del acompañamiento puede que no se vean. A menudo fructificará más allá de nuestra relación. Si ha sido profunda, los resultados también pueden tardar en llegar, porque suponen cambios fuertes en las personas. La paciencia, saber esperar con tacto, y también saber dejar marchar, forman parte del voluntariado. Hay que respetar a fondo los caminos del otro, mirarlos con perspectiva y esperanza. Ahora nos ha encontrado a nosotros, más adelante puede encontrar a otros que lleguen a ser significativos para él y así aprender o confirmar con ellos aquello que no ha podido aprender o vivir con nosotros.

Conclusión

El voluntario realiza una compañía activa a la persona sufriente, reconoce en ella la vida. Así la persona, que se siente querida y valorada, renace, a pesar de las malas pasadas que la vida le ha ido

jugando. Se trata de una verdadera recuperación de la existencia. En esta donación, no sólo el acompañado renace, sino que el voluntario afina su testimonio, concreta sus ideas, constata sus sentimientos, afirma sus posicionamientos. El voluntariado cambia la vida, hay un antes y un después, y, en la mayoría de

casos, cuando se ha compartido a fondo el sufrimiento, ya no hay marcha atrás posible. De esta manera cada voluntario se convierte en una carta abierta enviada al mundo, una carta llena de coraje, encendida de esperanza, grávida de sentido. Una experiencia para aprender a vivir a fondo, en Dios y para Dios.



Un nuevo espacio de diálogo y opinión

Participa!

www.cristianismeijusticia.net/bloc

GUÍA DE REFLEXIÓN

1. ¿Cómo nos miramos a las personas inmigradas? ¿Nos dejamos llevar por el entorno desconocido o intentamos comprender las causas que las han llevado a nuestro país, sus propias maneras de ser, el deseo de conservar su propia identidad?
2. ¿Nos vemos reflejados en alguna de las historias explicadas o en algunos de los valores que nos describen?
3. ¿Qué valores definen la opción del voluntariado?
4. La persona que inicia un voluntariado se presta a cambios en su vida. ¿Estamos dispuestos a afrontar los retos y los sufrimientos de compartir la vida o las dificultades de los demás?
5. En estos momentos ¿conoces alguna persona o historia semejante a éstas? En caso negativo, ¿crees que podrías conocerlas dentro de un tiempo?